



## ODO MARQUARD Individuo y división de poderes Estudios filosóficos

EDITORIAL TROTTA

ODO MARQUARD,  
*Individuo y división de poderes.*  
*Estudios filosóficos,*  
traducción de José Luis López de Lizaga, Trotta, Madrid, 2012, 140 pp. ISBN 978-84-9879-369-7. (*Individuum und Gewaltenteilung. Philosophische Studien,* 2004.)

¿Es Odo Marquard el más americano de los filósofos alemanes? La pregunta podría plantearse también de otra manera: ¿es Odo Marquard el más occidental de los filósofos europeos? Hay desde luego en su filosofía de la compensación algo más que una cita emersoniana: como Emerson, Marquard cree que, en ese asunto, la vida está por delante de la teología y la gente de los predicadores; hay también, en su defensa de la *Bürgerlichkeit*, un aire de familia con la *civilized life* de Thoreau, con una vuelta a la vida civilizada después de un alejamiento, y su sensibilidad para la división de poderes recuerda la convicción de William James de que un universo pluralista se parece a una república federal. “Vida civilizada” podría ser, de hecho, una buena traducción de *Bürgerlichkeit* si no fuera porque traducirlo por “ciudadanía” o “civismo burgués” —como ha hecho López de Lizaga— o por “civilidad” —como aparece en otras versiones al español— nos advierte suficientemente de que las vinculaciones de Marquard con el mundo de la vida son otras y tienen que ver con una historia o una serie de historias marcadamente europeas y alemanas, por una parte, y con una historia o serie de historias de la filosofía por otra. Si, como afirma el propio Marquard en este libro, apoyándose en Aristóteles, “una ética sin hipoléptica es ruinosa” (p. 53; cf. p. 40), lo sería también una forma de pen-

samiento como la suya que no tuviera en cuenta las convenciones transmitidas por la tradición. Esa vinculación es el punto de partida, seguramente, de la filosofía de Marquard, cuyo método es la *skepsis*, y limita provisionalmente cualquier intento de comparar su defensa del individuo y la división de poderes con la filosofía de la escritura de ensayo desarrollada por los trascendentalistas americanos. No es una *ὑπόληψις* descabellada, sin embargo, pensar en el *American Scholar* al leer a Marquard, que se define a sí mismo como un “escritor trascendental” en la estela del “lego, el *idiota* con *docta ignorantia*, el moralista escéptico” (p. 80; cf. p. 23 a propósito de los “fugitivos literarios de la especialización”), ni lo es pensar en la misma Constitución de los Estados Unidos e incluso en la *civil disobedience* al leer el pasaje de *El espíritu de las leyes* de Montesquieu sobre la Constitución inglesa en el que Marquard se apoya, en el corazón mismo de su argumentación, para vincular “la forma clásica de la doctrina política de la división de poderes” con la “tradición escéptica” (p. 71).

Pertenece a la tradición escéptica el carácter autobiográfico de su filosofía. Marquard dedica varias páginas a evocar su historia, la breve antropología de su tiempo vital —marcada por el nazismo y la peculiar “desobediencia retrospectiva” de la izquierda alemana— que justifica su escepticismo como negación a negar la vida civilizada (p. 16 y ss.; p. 25 y ss.). De un modo general, esa vida civilizada asume para Marquard la forma de la constitución alemana: no solo la forma de la *Grundgesetz für die Bundesrepublik*

*Deutschland*, sino la forma controvertida —que pasa por la *Constitución de Alemania* de Hegel y la República de Weimar— en que la “nación atrasada” por antonomasia se ha convertido en una “democracia lograda”. A esa forma constitucional le corresponde la forma de pensamiento de Marquard, que se nutre tanto de la antropología filosófica de Helmuth Plessner (que fue quien acuñó la denominación de Alemania como “nación atrasada” y de cuyas obras completas Marquard es uno de los editores) como de la precisión conceptual de Joachim Ritter, para cuyo *Diccionario histórico de la filosofía* redactaría las entradas sobre compensación, antropología, filosofía, disidencia o coraje civil (*Zivilcourage*), entre otras. El “historicismo” de Marquard es “el moralismo atrasado de la nación atrasada” (pp. 72, 89), su respuesta (en la otra acepción de *hipolepsis*) a las dificultades con la filosofía de la historia, que son uno de los motivos más recurrentes de su obra.

Ese atraso tiene, sin embargo, su proyección. La democracia lograda en la que Alemania se ha convertido se perdería (en el sentido del *tout serait perdu* de Montesquieu) sin su futuro europeo. En su análisis de la hermenéutica de Ritter y a propósito del libro de su maestro *La europeización como problema europeo* (1956), Marquard recuerda que la sociedad moderna “que procede de Europa” se convierte en “la sociedad del mundo entero” al precio de desprenderse violentamente “de su pasado y sus tradiciones” (p. 135). Un pensamiento verdaderamente occidental no puede pasar por alto, sin embargo, que una declaración de independencia es el precedente de toda escritura constitucional que quiera seguir vinculada a la humanidad. Esa declaración de independencia es menos histórica que semántica y tiene que ver con una investigación sobre las cosas más importantes: que “la ciudad forme parte de la felicidad” (p. 134) nos devuelve, precisamente, al momento en que el concepto de *σκέψις* se hace histórico (*República*, 533 e). La *Skepsis in der Moderne* —como reza el título del último libro de Marquard— sugiere también que una *skepsis* sin hipoléptica sería ruinoso.

*Antonio Lastra*

